

guaraní!, escribía hace poco en el *Correo Semanal* (31 octubre 1998), don Félix de Guaranía. La lengua guaraní tiene manipuladores –no quisiera ser uno de ellos– que la maltratan.

La gran discusión sobre el guaraní actual se centra prácticamente sobre un aspecto que de por sí, sin embargo, no es el más importante de una lengua. Pero es tal vez el más visible, o mejor dicho el más gritante. Con la buena intención y el afán de que el guaraní sea competitivo con la modernidad se lo quiere dotar de una extensa terminología técnica de la que supuestamente carece.

Quienes tal hacen piensan seguramente que una lengua es un depósito de palabras y que su riqueza consiste en poder contar con el mayor número de ellas. Ahora bien, esto sólo en parte es verdad. Uno se puede expresar maravillosa y profundamente sin un caudal extraordinario de vocabulario. Los textos filosóficos de Platón, de Aristóteles, de Santo Tomás, de Suárez y de Kant no hacen gala de terminologías frondosas.

El lenguaje matemático, por su parte, es un ejemplo de sobriedad y frugalidad terminológica; bastan pocos términos para asegurar combinaciones casi infinitas. En esto los árabes fueron maestros. Lo importante de una lengua es que cuente con un número suficiente de términos para asegurar la posibilidad de crear relaciones que produzcan una gran carga de sentido. La lengua es antes que nada un arte combinatoria. No es con muchos y diferentes comestibles que se hace una comida más rica. El buen gusto está en saber aderezarla proporcionada y convenientemente. Así también el buen gusto de la lengua.

La lluvia y el granizo

En realidad lo que causa malestar no es la creación de terminologías nuevas sino el modo como las fabrican, que no corresponden a la índole de la lengua, y el modo como las introducen en tan avasalladora cantidad que no hay organismo que las pueda asimilar. Más que una mansa lluvia vivificante es un granizo destructor. Cuando una lengua entra en una fase histórica que la confronta con nuevas experiencias y nuevas exigencias tiene varios recursos para enfrentar esa situación. Desde el siglo XVI los misioneros y los indios que se convertían a la religión católica crearon modos de expresarse –y hasta de pensarse– sin casi necesidad de introducir neologismos, aunque sí modos nuevos y originales de decir. Los recursos usados fueron los que la lingüística moderna continúa sugiriendo.

El primero y más importante consiste en no traducir palabra por palabra, sino «por frases», empleando preferentemente composiciones y oraciones verbales en vez de sustantivos abstractos. Incluso cosas tan simples como «padre» o «madre» no se dirán en guaraní *túva* ó *sy*, sino que se les contextualizará bajo de forma de *che ru*, *ñande ru*, *che sy* o *ñande sy*, según los casos. Para «bienvenidos» se ha dicho habitualmente *peguahẽ porãke* u otra expresión análoga. Hace falta solamente inteligencia, creatividad y prudencia. Las posibilidades combinatorias de la lengua guaraní en este sentido son prácticamente inagotables.

Otro recurso consiste en decir lo nuevo a partir de lo antiguo. ¿No llamamos en castellano *pluma* al instrumento para escribir, aunque ya no tenga nada que ver con una pluma de ave? Y sigue siendo *carro* el automóvil más moderno. En principio ésta es una buena solución ya que la lengua no sufre ni extrañamientos ni exilios. *Pa'i* era el padre de la familia grande guaraní y ese significado se aplicó después al «padre» sacerdote católico; y lo mismo palabras como *karai*, *mburuvicha*, *purahéi*, etc, que adquirieron nuevo sentido conforme a la sociedad colonial. Estos vocablos con acepciones nuevas y giros nuevos ya vienen a ser *neologismos*, aunque se entienda generalmente por neologismo la combinación de elementos usuales para construir e inventar términos nuevos.

Y las palabras introducidas en el vernáculo desde el mismo inicio del tiempo colonial, los *hispanismos*, ¿no son también lengua guaraní? La mayoría, sí. Hace casi siete décadas el doctor Marcos Augusto Moríñigo en su tesis cuyo título es precisamente *Hispanismos en el guaraní* (Buenos Aires, Peuser, 1931), incluía en esa categoría unas 1.200 palabras que fueron la base de su «estudio sobre la penetración de la cultura española en la guaraní». Estos hispanismos aparecen engarzados en una fraseología puramente guaraní; el pueblo los considera no sin razón guaraní *ymaguare*.

Es cierto que la avalancha del mundo moderno en cuestión de terminología es ya de otro orden. Pero a este propósito no está de más recordar que es éste un problema de todas las lenguas modernas que generalmente han optado por aceptar términos generales a partir de raíces griegas o latinas, si no inglesas (que a su vez ya las tomó del mismo latín, griego o francés, sin contar los americanismos).

El *Diccionario* de la Real Academia Española reúne unas 83.000 palabras, y sigue abierto. Cada año entran en el léxico normal hasta centenas de palabras, mientras que otras tantas caen en desuso. Pero lo importante es que la «gramática» cambia muy lentamente; hace siglos, por ejemplo que no aparece un nuevo pronombre, aunque se vuelve menos usual el *usted*.

En todas las lenguas hay una verdadera invasión de términos «bárbaros» que a veces tiene muy poco que ver con la índole de la lengua pero que la comunidad lingüística ha adoptado. Es cierto que muchas de esas palabras son verdaderos adefesios, como piedras en un plato de arroz. El fenómeno no es del todo evitable, pero se puede amortiguar con políticas inteligentes y constantes, para las cuales los medios de comunicación social son importantísimos. No abogamos por un purismo a ultranza, pero sí por un mínimo de respeto con la lengua propia. Hasta aquí no hemos dicho nada nuevo. He intentado aplicar criterios de sentido común que maneja la lingüística más conservadora.

La impopularidad del guaraní de escuela

En principio no hay oposición al guaraní y en teoría ni siquiera a su uso en la escuela. Su impopularidad proviene del modo como está siendo impuesto desde ciertas instancias de la educación formal. Es el guaraní que se enseña y el modo como se enseña que lo hacen impopular. Alguno ha llegado a decir que es el «terror» para los niños y niñas –y para sus familias–.

«Enseñar en guaraní» y «enseñar guaraní» debería tener como primera tarea el desarrollar las posibilidades expresivas a partir de un vocabulario básico que es todavía patrimonio común de la mayoría de la sociedad paraguaya. El niño y la niña paraguayos cuando van a la escuela ya saben guaraní. Es una aberración pedagógica presuponer que esta población paraguaya no sabe guaraní. Y es una crueldad crear un guaraní de escuela diferente del guaraní de la familia. Y orilla el sadismo el usar el local de la escuela y el sistema escolar como lugar y ocasión para volver impopular la lengua guaraní. Aun los paraguayos que no saben guaraní conocen palabras y frases hechas que ya son puerta abierta para un iniciar un conocimiento más amplio.

En todo el primer ciclo de la Educación Básica (los tres primeros cursos), según mi modesto entender, no habría que enseñar ni una palabra que exceda ese vocabulario básico. Hay que desterrar de una vez por todas la práctica de enseñar listas de palabras en el aula. Ninguna lengua se aprende con esa metodología; profesores de inglés o francés lo saben perfectamente. Pero alguien preguntará a qué llamamos vocabulario básico. A su manera lo ha dicho el compositor paraguayo Oscar Nelson Safuán, un fragmento de cuyo texto publicado en *Ultima Hora* de fecha de viernes 31 de octubre de 1997 quiero citar:

«Existe dentro de nuestra lengua pura, una gama inmensa de términos *atemporales*, que no han sufrido ni sufrirán las influencias del tiempo evolutivo, como *kuarahy, arai, jasy, yvyra, po, y, mombyry, mba'asy, yvytu, arandu, yvoty*, e innumerables otros términos a los que defino como *verdaderos glóbulos rojos* del idioma. Extremadamente importantes y dignos de ser tenidos en cuenta, precisamente, para los programas educativos [...]. Esos programas deben ser estructurados, fundamentalmente, sobre los términos *atemporales* puros de nuestro idioma. Clasificarlos puntillosamente, primero, y distribuirlos criteriosamente después a lo largo de todo el sistema de enseñanza guaraní».

Por lo que expuse más arriba el lector se dará cuenta de las grandes coincidencias en nuestras opiniones. Sólo quisiera anotar alguna precisión conceptual. A los términos *atemporales* yo los llamaría *tradicionales*, ya que en ellos ha cristalizado una historia de significaciones: ni siquiera *kuarahy* es hoy lo mismo para un grupo indígena como los Mbyá o los Chiriguano que para el paraguayo, y lo mismo se diga de *jasy*, que trae incluido en sí mismo múltiples sentidos, *Jasy ra'y nteko ojovahéi hína* alude al mito mbyá de la prohibición del incesto, por una parte, y al cambio climático, cuando va a llover, como saben los antiguos habitantes del Guairá. Cada palabra al fin y al cabo es un núcleo del que puede salir una historia.

Si se enseñan las palabras del guaraní en contextos proverbiales –*ñe'enga*–, poéticos o narrativos, adquieren una profundidad de vida y un resplandor simbólico que despiertan la admiración. Buena poesía guaraní no falta y hay libros con excelente prosa narrativa.

Si los adolescentes salieran de la escuela comprendiendo y pudiendo utilizar el vocabulario que está presente en un libro como *Las cien mejores poesías en guaraní*, de Pedro Encina Ramos y Tatajyva (2.^a edición 1997) tendrían más que suficiente para expresarse en buen guaraní y estar comprometidos con la cultura paraguaya.

Recuperar lo recuperable del guaraní antiguo puede ser también una de las tareas de la escuela, con tal de que se haga de modo gradual y prudente. Que se tenga que consultar alguna vez el diccionario no va contra el principio de lo tradicional. El palacio de la memoria lingüística tiene muchas cámaras y recámaras, salones nobles, cocinas y retretes, y el dueño no conoce necesariamente todos los recovecos de su castillo. Descubrir la lengua es apasionante.

¿Quiere esto decir que hay que renunciar a la creación de neologismos? De ninguna manera. El dinamismo de una lengua se manifiesta en la producción y puesta en circulación de vocablos y expresiones conforme a las nuevas condiciones de vida. Pero en el guaraní esta labor requiere estudios

serios y estrategias adecuadas de adopción y de divulgación. En ningún caso es la escuela en sus primeros grados el lugar adecuado para tomar a los niños como conejillos de Indias para una aventura tan peligrosa e imprevisible.

La impopularidad del guaraní viene precisamente de que se lo haya querido uncir a la pesada carreta de la educación formal y a su odiado poder coercitivo. Ya es insoportable un sistema educativo demasiado rígido, ¡cuánto más cuando se impone con vara un modo de hablar que no es el de la familia y ni siquiera el de la comunidad!



Mela Muter: *Eugenio d'Ors*